

# *Personalidad y obra de Joaquín Costa*

## *El agua y el medio ambiente en Costa y en el Aragón actual*

FRANCISCO JAVIER MARTÍNEZ GIL

### 1. UNA INTERPRETACIÓN PERSONAL DE COSTA Y SU OBRA

No es sino desde una consciente osadía que aceptamos la oportunidad que se nos ha brindado de escribir unas páginas en este número especial de *Rolde* editado en conmemoración del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Joaquín Costa. Quien se ha acercado un poco a Costa sabe lo extraordinariamente polifacético y prolífico que fue en sus escritos, en sus discursos, en sus conferencias y en su correspondencia epistolar (Cheyne, 1981). Y es que Costa se había planteado, ya desde joven, una tarea infinita, mesiánica, utópica, imposible de desarrollar desde su soledad, y desde la limitación de la vida de cualquier ser humano. «*Fue un torrente de ideas que no le dejaban dormir ni respirar*», dijo de él su amigo Martínez Baselga (1918) en el libro *¿Quién fue Costa?*

Analizó las cuestiones más diversas, y en muchos casos lo hizo de forma abundante, dispersa y torrencial. Con frecuencia abordó temas importantes, sobre los que escribió con vehemencia y dogmatismo, aún no siendo a veces su conocimiento de los mismos más que intuitivo. Nunca tuvo una línea concreta de trabajo. Desde su muerte se ha escrito mucho de él, de forma que en la actualidad no es ya posible avanzar un ápice en el conocimiento de la obra y la personalidad de Costa si no es desde una

rigurosa labor previa de estudio de todo cuanto escribió, desde un análisis riguroso de su personalidad, y desde el conocimiento del conjunto de circunstancias sociales, políticas, científicas y culturales de aquella España del «desastre» que le correspondió vivir. No es nuestra intención presentar hoy aquí un trabajo de investigación sobre Costa, para el que no estamos cualificados; pretendemos simplemente contribuir en esta señalada ocasión a la divulgación de su obra y de su personalidad, hecha en nuestro caso desde la espontaneidad que nos dicta la entrañable devoción que le profesamos.

Al margen de efemérides obligadas, tópicos y manipulaciones de ocasión, pensamos que la obra de Costa será siempre vigente, merecedora de una permanente tarea de divulgación. Esto es así porque su mensaje —en su globalidad— es esencialmente humanista; trasciende con mucho al mito hidráulico, que es el tema por el que Costa ha sido y es más popularmente conocido. Su legado intelectual tiene mucho de universal y de atemporal. Afronta en sus escritos los problemas eternos de la torpeza y la debilidad de la conducta social humana. Lo hace con inmarchitable frescura, gracias a una oratoria singular. Analiza con garra cuestiones tales como la relación del hombre con el Estado, la dignidad de las personas y de los pueblos, el sentido de la libertad individual y colectiva, el derecho a la propiedad de la tierra, el colectivismo como forma de concebir el

trabajo y la productividad, el asociacionismo ciudadano como forma de control del poder político, los abusos de los poderes fácticos, la corrupción política, los poderes, la indefensión del hombre ignorante, la hambruna como fuente de pobreza espiritual, la incultura como origen de la violencia social contenida, el sentido del progreso y su vinculación con la libertad individual, etc.

Valora la trascendencia de la enseñanza humanística ejercida desde la infancia en las escuelas; sacraliza la misión social del maestro, del médico y del sacerdote rurales. Anima al descubrimiento de las cosas a través de la curiosidad personal. Denosta saberes estereotipados y enciclopédicos. Cada ser humano es, para Costa, un misterio irreplicable, una oportunidad de vivir la aventura de su propia existencia, que no es otra que el ejercicio de su libertad personal, que es lo que Costa precisamente hizo a lo largo de su agitada vida, vivir su libertad: *«Después de haber estudiado Derecho toda la vida, no había leído nunca esta forma de arrendamiento, porque en Derecho sucede lo que en Agricultura, que los autores se copian, no estudian la Naturaleza en la Naturaleza; y no estando en los libros, dicho está que esta forma de contrato no está en la leyes, porque los legisladores no buscan el derecho positivo donde está, en la vida real, sino donde no está: en los libros... Y en vez de estudiar Derecho en los aldeanos lo estudian en Bártulo y Baldo, y en Gregorio López...»* (Nacionalización de las aguas fluviales, 1893)

Entiende Costa que la actividad política debe estar presidida por el amor fraterno, por eso exige voluntad de servicio y cualificación profesional a quien pretenda dedicarse a la acción pública. Exige al político la vocación inexcusable de *«querer hacer el bien por los demás»*. Trata con dureza a esas universidades encerradas en sí mismas, al margen de las realidades de la sociedad que las alimenta, calificándolas de *«focos de desinformación y centros de holgazanería»*.

El progreso técnico y económico sólo tienen sentido en Costa mientras es concebido al servicio de la libertad del hombre, es decir, mientras sirve para asegurarle el sustento, primero, y proporcionarle tiempo libre para el cultivo de los valores del espíritu, después. Planteó el problema de la esclavitud en sus múltiples formas y matices. Fue pacifista universal. En cierta ocasión, dirigiéndose a los niños de Riela en su Fiesta del Árbol, exhortándoles a que cuidasen y defendiesen la Naturaleza, les matizó: *«En eso, para nada más que en eso, os permito que-ridos niños, jugar a los soldados»*.

Elevó la función social del «huerto familiar» a la categoría de lo metafísico, más allá de la función de *«asegurar la substancia a las gentes»*. En el pensamiento de Costa era el huerto fuente de recreo personal, de solaz expansión; ocasión de observar las enseñanzas de la Naturaleza, medio de meditación, y modo de embellecer las ciudades. Sólo las personas que han vivido la experiencia personal de lo que es un huerto pueden entender la profundidad de este aparentemente trivial mensaje de Costa. Exhortó a que en todas las escuelas hubiese un huerto. Tenía una sensibilidad especial por los árboles, en particular, y por las plantas en general, como más adelante veremos.

Expuso todas sus ideas a través de un lenguaje contagioso, ayudándose de una retórica tan simple como erudita, tan anacrónica como fresca, casi siempre épica; una forma de transmitir que despierta la curiosidad del lector. Un párrafo de Costa invita a leer el siguiente, y éste al que viene después. Su prosa es musicalmente bella, castiza, capaz de sensibilizar a niños y mayores, a labriegos y eruditos.

El Costa humanista será siempre motivo de vibrante actualidad. No ocurre lo mismo con el Costa técnico, el Costa ingeniero hidráulico, el Costa economista o el Costa líder de una idea de revolución agraria nacional. Es normal que así sea, hay un siglo de por medio. La actual sociedad española es bien distinta de la que Costa conoció y pretendió arreglar. Lo que entonces pudo ser oportuna propuesta, hoy ya no lo es. Pese a todo, aún en este sentido su obra nos ofrece todavía ricas sugerencias, que ponen de manifiesto su extraordinaria sagacidad

Su personalidad, su singular estilo y su obra escrita fueron, son y serán siempre un revulsivo, tanto social como individual. Y es que todos los colectivos humanos y todas las personas llevamos en mayor o menor grado un Costa dentro, es decir, un humanista, un filántropo, un hombre bueno, un hombre con afán de justicia; un hombre fraterno, un hombre libre... y un hombre rebelde. Fue un auténtico apóstol social, de magnitud inconmensurable y de originalidad embriagadora; un ser irreplicable, descolocador de poses políticas e intelectuales.

Para entender mejor las claves de su atípica conducta y del rol social que se vio «obligado» a jugar, queda todavía por realizar un estudio psicológico profundo de su personalidad. A Costa no se le puede interpretar fríamente, tomando el sentido literal de sus escritos. No se puede hacer crítica mordaz de él por la superficialidad de sus retóricas o por la naturaleza intuitiva, visionaria a veces, de los argumentos que esgrimió en temas que mere-

cían un estudio más riguroso y más profundo. Entremezcló rigores con estudiadas referencias bíblicas en un calculado efecto populista. Recurrió con frecuencia a extensas y eruditas explicaciones enciclopédicas sobre cuestiones laterales al tema central de muchos de sus discursos, que le quitaron en apariencia rigor y seriedad a cuanto dijo. Pero Costa era así. Ese era su estilo de comunicación, era su forma original de transmitirle a su país su ambicioso mensaje. Asumió el papel de gran «maestro nacional», de educador de la patria. Cuando escribía lo hacía para todos, no sólo para eruditos. Le gustaba utilizar el mensaje bíblico, las parábolas de Jesús y la sabiduría del refranero popular.

La obra y la personalidad de Costa no pueden ser denostadas tampoco por los vaivenes de sus estados anímicos; por sus depresiones patológicas, por su marcada tendencia ciclotímica. Casi todas las almas sensibles, casi todos los grandes filántropos han sido un poco ciclotímicos. Martínez Baselga dijo de él: «Es el hombre más afectivo y llorón que he conocido nunca». *El llorón de Graus* le denominaría años más tarde Vidal Salcedo (1941) parafraseando la paradoja de su popular apodo, *el León de Graus*, con el que se quería hacer justa referencia a ese temperamento indómito, inamedrentable ante nada y ante nadie, que le caracterizó. Nada era capaz de detener la furia verbal de aquel Costa encendido: «¡Ah! señores: yo no quisiera decirlo, no quisiera decirlo pero lo tengo que decir, aunque hayais de apedrear-me; me he impuesto la obligación de no callar nada de lo que juzgue conveniente para el país, por muy amargo que haya de parecerle».

Se ha dicho que fue un hombre ególatra y de una soberbia sin límites. Pero no hay tal. «Cierto es que tuvo siempre un carácter áspero, y que toda su vida se mostró rebelde a las exigencias del orden social. Ciertamente es que no se sometía fácilmente a esos caprichos sociales que tanto molestan a la generalidad, que no obstante los aguanta y soporta con resignada sumisión. Costa no los acató nunca, y de ahí que aparezca como hombre intemperante y en cierto modo asocial, lo que no significa por ello un carácter soberbio ni, menos, grosero... Tenía un corazón infantil, sumamente cordial para los suyos, que le llevaba a ocuparse con verdadera ternura de las pequeñas cosas. En lo privado era todo sencillez, y en el trato íntimo nadie más modesto y más cariñoso que él» (Martín Retortillo, C., 1961).

Estuvo Costa dotado de una hipersensibilidad extraordinaria ante la desgracia ajena, ante el atraso de su país, ante la pobreza cultural de sus gentes, ante sus precarias condiciones de vida y, sobre todo,

ante su pasiva resignación: «*El hombre ha nacido para vivir derecho y mirando de cara al cielo, no para vivir encorvado como un reptil, triste apéndice de un par de bestias que tiran del arado*» (*Agricultura de regadío*, 1892). Cuando veía a esas pobres gentes trabajar como bestias, de sol a sol, expoliados por una Administración desgobernada, manejados por politicastos, oprimidos por caciques, prestamistas y oligarcas, se le encendía el alma: «*Los labradores y braceros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de diecisiete millones y medio, han pagado con ríos de sangre y de oro, en cien años de guerra, la civilización que disfruta el medio millón restante...*» (*Amnistía a los obreros*, 1903). Le sacaba de sus casillas el pseudoparlamentarismo crónico de la vida política española: «*que ha obrado siempre como un estorbo y coadyuvado activamente al desastre. Las elecciones no dan la solución, debe mudarse la naturaleza de las Cortes*».

Con frecuencia fue prisionero de la incontenible rebeldía de su personalidad: «*El maldito pundonor que, sin duda, ha puesto la Naturaleza en mí con abundancia, ha sido la única causa que me ha atraído, atrae y atraerá constantes desgracias de todo género*», escribía en sus notas personales. Había en Costa una fuerza interior que emanaba de su particular sentido de la justicia, de la dignidad y de la sagrada libertad de cada ser humano, que era superior a la común prudencia de los mortales y a su capacidad de autocontrol. De ahí esa aparente violencia temperamental que le llevaría a un rosario de enfrentamientos dialécticos con compañeros, jueces, tribunales, políticos, funcionarios, etc. A pesar de todo, fue un hombre esencialmente bueno. Las circunstancias que le tocaron vivir le obligaron a jugar un papel social diferente. Su vida entera fue una paradoja, incluida su propia muerte y entierro. Su alma era profundamente religiosa, y su moral estuvo impregnada de la esencia misma del cristianismo: el amor fraterno. Fue un ser bondadoso, preocupado por el prójimo, apasionado por las enseñanzas del Viejo y del Nuevo Testamento, amante de la Biblia «ese libro que ni los católicos leen ya ¡y... que tan lleno de enseñanzas políticas está!». Hablaba del «buen Jesús», del magisterio de San Pablo y de las enseñanzas de «aquel humilde labrador, canonizado por la Iglesia católica, que en vida santificó con su trabajo los campos de Madrid». Vivió como un gran cristiano sin pretenderlo. Sin embargo, ese hombre tan bueno y cristiano sería enterrado en la parte no sagrada, la no bendecida, del cementerio de Torrero,

en Zaragoza, que en la época era espacio destinado a herejes, suicidas y demás gentes, ¡precisamente cuando su cuerpo embalsamado iba camino de Madrid, para ser sepultado en el Panteón de Hombres Ilustres!

Pocas palabras reflejan mejor el paradigma personal Costa y esa gran paradoja de su vida como aquellas de Miguel de Unamuno: «¡Cuántas enseñanzas encierran la vida y la obra de Costa! Costa creyó en sí mismo, y en un principio creyó en exceso en los demás. Confío en exceso en su retórica apocalíptica. De ahí su impaciencia, que le llevó al desengaño... aunque sin desengañarse nunca del todo».

Para entender a Costa en toda su dimensión hay que acercarse a su obra desde un querer comprender y aceptar su singular personalidad. Hay que hacerlo desde una actitud de buena disposición a captar el mensaje global de su obra, de su vida y de su ejemplo, todo en conjunto. No es posible de otro modo descubrir al gran filántropo, al gran pedagogo y al hombre de fino bisturí que había en él. A Costa hay acercarse con el afecto y comprensión que le prodigaron algunos de sus entrañables amigos, como el maestro Francisco Giner de Los Ríos (*El don del consejo: epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos 1878-1910*. Guara Editorial. Zaragoza, 1983).

Su famosa memoria *Oligarquía y caciquismo como la forma de gobierno actual en España* fue un revulsivo moral en la intelectualidad y en la clase política españolas de aquel entonces. En ese, y en otros muchos trabajos de su original magisterio, refleja Costa la talla de investigador escrupuloso, de hombre analítico y erudito que incuestionablemente había en él.

Joaquín Costa se quemó en vida. Entregó su existencia a un destino para el que se sentía incontrolablemente llamado. Se autoinmoló queriendo resolver el problema irresoluble de su patria. En su utopía quiso fundir los contrarios de una sociedad atrasada y subdesarrollada, incapaz de salir adelante con los prohombres que la venían desde siglos gobernando. Su sentido del orgullo personal y patriótico, junto a esa vocación mesiánica para la que se sentía llamado, le llevaron a querer creer en el milagro de lo imposible: la regeneración súbita de su país. Criticó un chauvinismo crónico y pernicioso que, por otra parte, él mismo en frecuentes ocasiones alimentó. Pretendió encontrar la fórmula magistral capaz de llevar a cabo la regeneración de un país que arrastraba siglos de decadencia y que, en sus fríos análisis de historia comparada, él mismo juzgaba en

todo inferior a los pueblos europeos que eran el paradigma de su concepto de la modernidad. Quiso Costa desde sus diatribas y discursos convertir aquel despojo de la España finisecular en el prototipo de estado europeo moderno que soñaba.

Simplificando en extremo la realidad, entendió que una revolución económica basada en nuestro pretendido potencial agrícola, habría de sacar a flote a esa España hundida y atrasada, elevándola de las profundidades de la miseria a las cotas de la gloria. Quería creer que su plan de regeneración habría de acabar con la hambruna, la ignorancia, la corrupción y la incompetencia crónica de los gobernantes. Su programa regeneracionista de «escuela y despensa» estaba basado en un decido apoyo estatal a la expansión de los regadíos «*Regar es gobernar*», repetía supervalorando el papel del regadío y el poder milagroso del sol español.

Se entusiasmaba con sus propios planteamientos regeneracionistas. A medida que los organizaba en forma de discurso se le encendía el verbo y el pensamiento le volaba en fantasías patrióticas. Quería creer —y hacer creer a los demás también— que una adecuada política hidráulica habría de ser capaz de cambiar la faz de este estepario país, transformándolo en un imposible paisaje verde, salpicado de praderas artificiales y de felices animales paciendiendo en ellas. Soñó en transformar una buena parte de la España seca, la España cerealista de año y vez, en una España verde, exportadora de carnes, frutas y lanas, capaz de apoderarse de los más sólidos mercados internacionales. Soñó en una nueva España arbolada, productora cómoda de hermosas frutas. Se imaginó una España surcada de canales de riego y nuevos caminos, por los habrían de circular caravanas de carretas y trenes de mercancías camino de unos puertos marítimos revivificados, desde donde, surcando los mares en las bodegas de los barcos de una próspera marina mercante, invadirían los mercados del mundo entero. A partir del regadío, imaginaba Costa en su discurso retórico, una España regenerada, llena de ilusión, fundadora de escuelas por doquier, poblada de gentes motivadas, dotada de instituciones ejemplares dirigidas por miles de apóstoles del bien, que el país no tenía.

Incapaz por temperamento de salir de su individualismo «no consiguió poner en pie un organismo político capaz de abrir el camino a las reformas que con tanto ahínco preconizaba» (Pablo Azcárate). Comentando esa misma incapacidad de Costa para la acción política, y a propósito de su frustrada experiencia en la Unión Nacional, Fernández Almagro (1946) diría de él: «Incurrió en fatales errores de

táctica que provocaron su rápido fracaso; todos ellos consecuencia de creer que en política se puede 'construir' con los mismos métodos que se aplican para 'agitar', siendo así que lo primero exige, ante todo esa reserva, circunspección y sentido de medida de que tan carente estaba, no Costa, sino el León de Graus».

Se dedicó Costa a la política en el profundo deseo de servir a los demás y de dar proyección social a su innato temperamento; lo hizo desde su especial talento, que fue grande para la denuncia atinada y mordaz y para el análisis de los males sociales. Actuó a modo de conciencia colectiva de todo un pueblo. Ese fue su gran talento. Por eso, Costa fue ante todo un «agitador social», dicho en el más noble sentido de la expresión. No tenía talentos para construir, pero sí para analizar, para intuir, para exponer y para proponer debate profundo, honesto. Su influencia entre políticos e intelectuales de la época fue grande y su legado humanista será siempre tema de permanente reflexión, fuente de nuevos hallazgos. Hay en la obra de Costa excelentes «libros de mesilla de noche» para políticos que deberían ser reeditados y divulgados.

Unamuno —que admiró a Costa— escribió: «Costa ha muerto y ya es de todos: del primero que de él quiera servirse. Así ha sido y así seguirá siendo». Eloy Fernández Clemente (1989) escribiría: «Tras su muerte, si bien es cierto que con frecuencia el mito se construirá sin leerle, su liderazgo cultural, político, social y moral ante los aragoneses es quizá el mayor que este país ha conocido desde los tiempos del conde de Aranda». Desde entonces, el mito Costa es una realidad. Ha asustado y asusta meterse con él. Con Costa hemos fabricado tópicos y se ha hecho de él un oráculo hidráulico. Han sido utilizadas sus frases y sus retóricas, pero no su doctrina. Y no hay político que se precie que no haya traído a Costa a colación cuando de agua se ha hablado en Aragón y en España, con el ánimo siempre de arriar el ascua del mito a su sardina electoral. Todos, con mejor o peor voluntad hemos recurrido en esta tierra a Costa.

Analizar un mito —con el consiguiente riesgo de tener que desmontarlo— es algo en principio osado, que puede atentar contra el sustrato cultural de un pueblo; incluso contra intereses y torpes políticas montadas en él. Por eso hay que aplaudir a un estudio de Costa, como Fernández Clemente (1989), cuando en su trabajo *Estudios sobre Joaquín Costa* nos invitaba «a dejar por un momento de conjurar a Costa, cayendo en la glosocracia que él tanto combatió. Mirando a Aragón, vamos a no ver tanto su

huella -que eso es imposible saberlo a fondo-, sino la reacción despertada: el costismo aragonés. Acercarse a uno de nuestros mayores tópicos es arriesgado, pero ineludible. Y hora es ya de hacerlo...

## 2. LA POLÍTICA HIDRÁULICA EN COSTA Y EN EL ACTUAL ARAGÓN

Si por alguna cuestión el nombre de Joaquín Costa suena todavía con fuerza en la generalidad de los españoles, es por el agua. En ninguna materia como el agua ha llegado más lejos la manipulación y el mito de Costa. Costa ha sido y sigue siendo utilizado como el oráculo del bienhacer hidrológico en España y en Aragón. Todavía se le menciona con solemnidad en las Cortes, sean Generales o Autonómicas, cuando de política hidráulica se habla. Se menciona solamente su nombre o, todo lo más, alguna frase aislada suya, algún tópico; nunca se esgrime su doctrina, su línea argumental. Y es que, una vez más, en los temas del agua, Costa es citado sin haber sido leído, por retórica inercial.

De forma tan simple como innecesaria, en el hoy aparcado Anteproyecto del Plan Hidrológico Nacional, su nombre es traído a colación en repetidas ocasiones, en busca siempre de un apoyo moral. Se pone a Costa por bandera de un ambicioso quehacer hidráulico estructuralista, y por cómplice de una política basada en la construcción de nuevas obras hidráulicas de regulación, de docientos nuevos embalses más, y unas obras de trasvases diseñadas todas al margen de cualquier condicionante económico o de prioridad social en el uso del dinero público necesario para el desarrollo semejante estado de obras. Al margen también de cualquier respeto a los valores patrimoniales del medio natural, y de cualquier posible alternativa.

Ha sido tradicionalmente atribuido a Costa, de forma gratuita, un afán ilimitado por hacer presas y por sangrar hasta el estiaje total los ríos «antes de que sus aguas se pierdan estérilmente en los abismos del mar», en mal leído y peor interpretado mensaje. Costa matizó siempre —y lo hizo con énfasis— que la política hidráulica que él proponía se refería a **la España de aquel momento**, rural, de economía agraria, y que aun así su plan debería ser desarrollado en armonía con las posibilidades económicas del país.

Es rechazable en la España actual cualquier tesis que pretenda sentar cátedra en política hidráulica basándose en un pretendido sagrado testamento de Costa. Carecen de sentido todas las elucubraciones

que puedan hacerse acerca de lo que diría o haría Costa en estos momentos en materia de aguas y regadíos. En primer lugar, porque Costa no puede ser considerado como un oráculo hidráulico; sus conocimientos de hidrología superficial y subterránea eran mínimos (era notario de profesión), y las posibilidades de las técnicas de gestión actuales en nada son comparables a las que él conoció (reutilización, reciclado, desalinización, ahorro, medición de caudales, captación de aguas subterráneas, recarga artificial de acuíferos, sistemas de explotación conjunta, aprovechamiento de energías alternativas, etc.). En segundo lugar, porque en nada se parece la situación de aquella España de la hambruna, aquel país de economía eminente y pobremente agraria, autárquico y azotado por las eventuales sequías, a esta España de hoy, en la que la actividad agraria tiene un papel secundario en el conjunto de la economía y de la distribución de la renta nacionales, en un país en el que existen ya cerca de 4.000.000 de hectáreas de regadío, con importantes políticas de intervención sobre los productos agrarios, acuerdos internacionales complejos, con saturación de mercados que obligan a destruir decenas de miles de toneladas de fruta, con miles de kilómetros de grandes canales y acequias, con más de 52.000 hm<sup>3</sup> de capacidad de embalse (que nos colocan a la cabeza de los países de mayor infraestructura hidráulica), con una explotación de aguas subterráneas que mantienen en riego asegurado cerca de 1.000.000 de hectáreas, y una España que, pese a haber padecido recientemente el cuatrienio más seco del siglo, jamás llegó nadie a pensar siquiera en la posibilidad de una restricción de alimentos.

Es ingenuo pretender buscar en Costa la solución a los diversos y complejos problemas que plantea hoy en día el buen uso de los recursos de agua en España. La expansión del regadío no es ahora problema relevante en el conjunto de la economía y buen gobierno del país como lo era en los tiempos de Costa.

Los problemas actuales del agua están centrados en la necesidad del uso eficiente (es decir, en hacer más con lo mismo) de las estructuras que ya tenemos, en el control del consumo superfluo, en la degradación general del medio fluvial, en la contaminación de sus aguas, en la garantía de servicio a los abastecimientos públicos, en la calidad del agua servida a esos fines, en la depuración de las aguas residuales, en la prevención y reducción de la contaminación en origen, en el diseño de estrategias adecuadas para los episodios de sequía, en la automatización y modernización de los regadíos existentes,

en las exigencias de agua para las demandas lúdicas de la sociedad del ocio, en las demandas estéticas y ambientales, en la ordenación del dominio público hidráulico... y en el buen uso que hay que dar al dinero público en una sociedad tan llena de exigencias. Problemas y situaciones, todos ellos, que jamás conoció ni se planteó Costa.

En la España de Costa apenas había 1.200.000 hectáreas de regadío; no existían grandes presas ni grandes sistemas de riego, apenas había centrales hidroeléctricas, y nuestros ríos eran limpios; se podía comer lo que en ellos se capturaba; las capturas fluviales formaban parte de una economía sustanciosa. Apenas eran relevantes las sangrías para riego y para la producción de energía eléctrica. El dominio público hidráulico no había sido tomado al asalto por una ocupación indebida y peligrosa. El país padecía con dramatismo el rigor de las sequías. No existían los fertilizantes inorgánicos y la carestía de alimentos era una amenaza constante. El concepto de medio ambiente no existía, ni tampoco algunas de las conquistas (ahora irrenunciables) de la llamada sociedad del bienestar que exigen demandas importantes de agua para otros usos y destinos diferentes que los riegos.

Para Costa era evidente que las grandes infraestructuras hidráulicas que había que construir deberían ser declaradas de «interés nacional» y, en consecuencia, correr el Estado con el coste de su ejecución, saliendo así del inoperante sistema concesional de grandes obras y de su aprovechamiento en el que secularmente nos hallábamos metidos y atascados. Argumentaron quienes a Costa se oponían en esos planteamientos que siendo los futuros beneficiarios de tan costosas infraestructuras gentes particulares, no podrían nunca ser declarados de interés nacional. Costa defendió que esa misma razón podría ser aplicada a las universidades, a los ferrocarriles, a los puertos, a las carreteras, etc. Esa fue su gran aportación a la política hidráulica española, la gran batalla que ganó, aunque la paradoja quiso, una vez más, que fuera después de muerto.

Aspiraba Costa a que en la España de los dieciocho millones y medio de habitantes de entonces se pudiese pasar de 1.200.000 hectáreas de regadío a 2.000.000. Bastaría la firme decisión gubernamental de sacar adelante las obras de los 26 canales por entonces proyectados, capaces por sí de llevar el riego a 500.000 nuevas hectáreas; el resto —pensaba Costa— se podría obtener de la explotación de las aguas subterráneas.

Al analizar su política hidráulica, nos encontramos una vez más con esos dos personajes que había

en Costa a los que se refería Fernández Almagro (1946): el Costa intelectual y el *León de Graus*. Hay, en efecto, un Costa hidráulico extraordinariamente reflexivo, prudente, analista y sagaz, que desarrolla un conjunto de propuestas basadas en el sentido común. Pero hay, también, un *León de Graus*, es decir un Costa del agua, retórico en exceso, mesiánico, apocalíptico, al que le hablan unos ríos que han leído la Biblia y viajado por Europa; es el Costa agitador de masas y encendedor de fáciles fervores patrióticos; el Costa demagogo, el Costa que engancha con un discurso afanado en atraerse la voluntad y la acción del mundo rural depauperado que conocía: el de la Litera, el de su Alto Aragón. El *León de Graus* es el autor de ese bello poema épico *La voz del río*, que junto con otros documentos semejantes, es una de las piedras angulares sobre la que hemos construido el mito y la manipulación hidráulica de Costa: «Yo soy la sangre de la Litera, pero no corro por sus venas, y por eso la Litera agoniza...».

Era evidente que lo que entonces pedía Costa al Gobierno de la Nación era necesario y urgente, pero era medida apenas relevante para desarrollar ese milagro que nos anuncia en *La voz del río*, y que en diversos escritos y discursos hizo extensivo a España entera. El atraso, las deseconomías y el mal general de España eran bastante más profundos que todo eso. Era evidente que la conquista de todo ese panorama idílico no podía quedar reducida a echar agua a 1.000.000 más de hectáreas de secano. De hecho, ese maravilloso mundo de armonía, riqueza y felicidad que prometía Costa, no existía en el millón doscientas mil hectáreas de regadío que por entonces había ya en España.

El paso de los años proporcionó a Costa la idea de una política hidráulica más madura, de pies en tierra, en nada parecida a la de *La voz del río*. Esa nueva filosofía de pensamiento hidráulico aparece sintetizada de forma meridiana en una extensa entrevista publicada en *El Globo* (1903), que aún hoy en día podría ser escrita con letras de oro. En esa entrevista —tras unas consideraciones previas sobre la economía nacional de aquellos momentos— se queja Joaquín Costa al entrevistador de que las gentes estaban interpretando su política hidráulica «en un sentido demasiado literal y restringido».

«Nuestra economía nacional es, hoy por hoy, fundamentalmente agraria», insiste, y tras una serie de razonamientos concluye: «He aquí porqué el ideal de toda agricultura progresiva en climas como el nuestro lo constituyen los cultivos de regadío, y donde éste no sea posible, aquellos otros que más se

aproximen en la serie de grados intermedios que separan la agricultura de secano de la de regadío. Ahí tiene Vd. lo que es la política hidráulica: una expresión sublimada de la política agraria y, generalizando más, de la política económica de la nación».

Recuerda Costa al entrevistador que las obras hidráulicas en España suelen acabar haciéndose tarde y mal. Y a la pregunta «¿De modo que cumple al Estado formular un plan general de obras hidráulicas y ejecutarlo, llevando el agua de riego a los particulares?» responde: «No basta ofrecer agua de riego al labrador si no sabe hacer uso racional de ella... ¿Acaso creerá Vd. que ahí acaba todo? Pues no; hay más que eso en política hidráulica. En el cuerpo social, lo mismo que en el del individuo, todo es orgánico, todo se concatena, y no es posible sanar o reformar un miembro aisladamente dejando enfermos a los demás...». Aclara, a continuación, que todo cuanto propone en su política hidráulica es parte de una revolución social del país, paralela a otra serie de grandes actuaciones, sin las cuales nada sería posible, ni tendría sentido su propia política hidráulica.

El pensamiento hidráulico de Costa alcanza un valor sublime cuando al contestar a la pregunta «¿Cree Vd que todo eso hay que realizarlo a la vez?» responde: «No, ni mucho menos; también en economía hidráulica se impone proceder con método. Ha de principiarse por lo que he denominado pequeña política hidráulica (gemela de la pequeña propiedad) consistente: 1º En ir ensanchando cuando se pueda las zonas ya regadas, donde el arte de riego y el gusto por esa clase de agricultura no son ya un problema, aumentando el caudal disponible. 2º En construir los ayuntamientos (como servicio municipal) o los vecindarios asociados (en forma de comunidad o sindicato) depósitos modestos de aguas manantiales o de lluvia, en los arroyos, cañadas o vaguadas próximos a las poblaciones mediante paramentos de tierra... Esos pantanos municipales y esas sangrías de arroyos o ríos (obra de los vecindarios o de sus ayuntamientos), esos huertos comunales... es política hidráulica de carácter social más bien que económico... y ha de iniciar a la población en los secretos del riego, preparando el advenimiento de los grandes embalses y canalizaciones».

Continúa más adelante: «Cuanto he dicho que entra en el concepto de política hidráulica debe en mi sentir ejecutarse, desde luego, y lo más rápidamente que sea posible, con una sola excepción: las grandes obras hidráulicas; que esas requieren

mayor estudio de parte del Poder público y una preparación sólida de parte del país. El aplazamiento no debe durar más de lo que esta preparación y aquel estudio tardan en madurar».

**«¿Juzga Vd capaces a los políticos del turno para resolver a derechas tan áridos problemas y llevar la solución a la Gaceta y a la realidad?».** «Quisiera que no fuese tan inocente la pregunta ni tan obvia mi respuesta. Ha podido Vd apreciar el aspecto financiero de la política hidráulica; la masa enorme de capitales que requiere su realización y que habría de arbitrar el Estado. Pues tanto como dinero hace falta 'hombre'. Y aún estimo más difícil encontrar 'hombre' que dinero. Contemple Vd el género de ministro que en un gabinete de altura le ha tocado a la Agricultura. Tan ayuno de preparación, tan ajeno a los problemas de la política agraria como el labriego más analfabeto. Cae, sin embargo, en la tentación de mostrar iniciativas, y juzgando que en un segundo cañonazo llegará a donde no alcanzó el anterior, erige al lado del Consejo de Agricultura un Consejo nuevo, para que le estudie las conclusiones de los Congresos agrícolas nacionales y extranjeros, que ni siquiera él debería tener necesidad de estudiar, que debía ya tener estudiados cuando aceptó un cargo como ese, no honorario ni gratuito, y que es obligatorio desempeñar. Un ministro, que en vez de ganar terreno sobre sus antecesores, echa a andar para atrás, y una Comisión especial encargada de estudiar los estudios de los Congresos agrícolas... A estas alturas. ¡En 1903! Cuando un país sufre estas burlas, las merece. No he mirado al ministro como individualidad, sino como tipo».

El análisis de Costa es genial. La entrevista es extensa, y no tiene desperdicio. Es pasmosa la elocuencia y la atemporalidad de todo cuanto en ella manifiesta sobre el significado de la locución «política hidráulica». Es una reflexión que podría estar sacada de nuestra realidad más actual. Propuso también la creación de un ministerio de las aguas, cosa que habría sido muy acertada en un país de hidrología mediterránea como el nuestro.

Encerremos en verdad con esas famosas «siete llaves» el sepulcro del *León de Graus*, al Costa del bello poema del *La voz del río*, pero desenterremos y refresquemos, con orgullo, al Costa de *El Globo*. El mito y la manipulación de Costa se han quedado en el mensaje, en la alegoría que nos canta en el célebre poema, en el cuento de la lechera, en el mensaje sesgado e idílico de los poderes taumatúrgicos del agua en la demagogia enfervorecedora, en la agitación.

Desarrollar unos regadíos competitivos, que no sean un lastre para la economía de la sociedad, es hoy más que nunca tarea compleja, de que el agua es un factor más, apenas relevante frente al peso de los restantes factores. Lo mismo ocurre respecto al pretendido poder de arrastre que el agua ejerce sobre la implantación industrial, que es en estos momentos otro de los tópicos. La industria moderna, la de calidad, apenas consume agua ni deteriora el medio natural. La General Motors, con todo el peso económico que tiene en Aragón, apenas consume el caudal necesario para 100 hectáreas de regadío, mientras que en la Comunidad hay cerca de 400.000, según las cifras oficiales.

El Pacto del Agua de Aragón, máximo exponente de nuestra actual política hidráulica, es un callejón sin salida racional; de hecho, aparcado está en su propia inoperancia después de cuatro años de vigencia y de vagos discursos en los que pocos creen ya. Es el fruto de la cultura heredada de ese manipulado costismo hidráulico simbolizado por *La voz del río*. Aragón no ha superado la vieja alegoría del agua y los regadíos del *León de Graus*, por eso todavía en el Aragón de 1996 hablar de política hidráulica es sólo y exclusivamente hablar de más grandes obras hidráulicas para regar más. Ahí se nos acaba el discurso, sin querer entender que el agua no es ya la pretendida alternativa a nuestro deseado desarrollo económico; haríamos bien en quitarle esa carga demagógica y estéril, que todavía colea y que castra la posibilidad de todo debate racional cuando de gestión del agua se habla en Aragón.

En Aragón en particular y en España en general vivimos una situación de elevado desgobierno hídrico; caminamos sin rumbo, a golpe de acontecimiento: sequía o riada, de Decreto de urgencia, de barcos cisternas, de improvisadas y siempre costosas conducciones, y de intereses inconfesables que siempre los hay en toda gran obra pública. Vivimos en el esperpento hidrológico continuo, en la improvisación y en la retórica taumatúrgica de los grandes planes hidrológicos pendientes de ejecutar. El debate científico (económico, hidrológico, medioambiental, social) y el debate racional apenas tienen cabida.

El Pacto del Agua no es más que la simplificación provinciana, llevada hasta el imprudente absurdo, de una compleja realidad. Ahí está, estancado en su propia irrealidad, naufragando en su simpleza de pensamiento.

Trazar un plan hidrológico para Aragón exige esos saberes, esa forma de gobierno y esa prudencia que reclamaba Costa en su entrevista de *El Globo*. Pasan nuestros dirigentes sus años reclamando (¿a

quién?) nuevas presas y nuevos proyectos costosos, cuando ni siquiera han intentado hacer el discurso del ahorro y la eficiencia en el uso del agua, que a nadie interesa, pese a que todavía el 85% del agua que consumimos no pasa por contador. Mientras, seguimos diciendo que el agua es un bien escaso.

En Aragón llevamos décadas de sequía hidrológica mental, sin pensadores hidráulicos, llenándonos la boca cuando hablamos de Costa o afirmamos que «nuestro futuro pasa por el agua». No ha habido aquí, entre los responsables de la gestión pública del agua, gentes que hayan ido en sus planteamientos más allá de ese «ande o no ande pantano grande». Desde Costa no ha tenido Aragón —y ahora menos que nunca— mentes capaces de trazar una política hidráulica de verdad, es decir, algo que pueda ser considerado como una respuesta hidrológica, económica, social y medioambiental, razonada y defendible, frente a lo que es y significa el agua en esta sociedad. Y lo que es peor, los intentos surgidos han sido y son implacablemente destruidos. El debate del Plan Hidrológico de Cuenca en el Consejo del Agua ha sido el más claro exponente de esa bochornosa realidad. A los dirigentes de Aragón se les ha parado el reloj del pensamiento hidrológico. Y el recién pasado cuatrienio, el de sequía más grande del siglo, que podría haber sido ocasión singular por aquello de que la escasez agudiza el ingenio, se les ha escapado con más pena que gloria, atrapados en su propia trampa, en su propio comodín: el costumismo épico y el Pacto del Agua.

### 3. EL MEDIO AMBIENTE EN COSTA Y EN EL ARAGÓN ACTUAL

¡Cuán lejos está el Aragón actual de la sensibilidad de Costa por la Naturaleza! *«En este laberinto de montañas del Alto Aragón, que hace pensar en un gigantesco florecimiento de la Tierra, y en las cuales parece que se respira aún el aliento virginal de la creación, la Naturaleza más que convidar parece que invita al recogimiento... Montañas más altas que las nubes, en las cuales, como en un mar tempestuoso parecen bogar; valles estrechos de abrupta y severa textura, circuidos por un collar de nieves perpetuas, regados por riachuelos y torrentes que fluyen de aquellos eternos ventisqueros que recogen la savia de los montes».* Así describía Costa en la añoranza, a su tierra natal.

Llevamos en Aragón décadas tratando el medio natural sin la menor consideración, destruyendo todo ese aliento de la virginal creación al que se refería

Costa. Esquilamos agua y vida en ríos y riberas, desnaturalizamos ibones sagrados, desecamos los torrentes bravíos que fueron la esencia de esa magia de nuestros paisajes de montaña. Convertimos los hilos de vida que hasta hace poco fueron casi todos los ríos aragoneses, en esas cloacas a cielo abierto que hoy en día son. Quien ha cumplido los cincuenta sabe lo que fueron a su paso por Zaragoza el Ebro y el Huerva; sabe de la pureza azul de las aguas del Gállego hasta Montañana, antes de que una industria del papel arrasara de forma salvaje los ocho últimos kilómetros de vida de un río que hasta ahí era savia de las más altas montañas del Pirineo.

Hemos sepultado bajo las aguas cañones de una grandiosidad inimaginable en el Noguera y en el Cinca. Hemos desnaturalizado, hasta la muerte, cuencas enteras tan preñadas de grandiosidad salvaje, de espectáculo de naturaleza, como lo fue la del Noguera Ribagorzana. Hemos desecado tramos de río que debieron ser atronador espectáculo de espuma y fantasía en las mayadas, en los días de fusión de la nieve, como el cañón de Olvena en el Ésera que nos describía Costa. Hemos destruido el encanto de las carreteras de montaña, que discurrían discretas, con trazados y cicatrices secularmente adaptadas al paisaje, hasta formar parte de él.

Quien no ha cumplido incluso más que los cuarenta sabe también qué lugares de vida y bienestar fueron nuestros sotos y riberas del Ebro y del Gállego, orladas hoy sus márgenes por pretendidas defensas frente a la inundación, que no son sino escombros y basura encubiertos. En treinta años de desarrollismo, hemos arrasado de forma desordenada e innecesaria el entorno de nuestro hogar más inmediato, el de acceso cotidiano. Vivimos desde entonces en la falacia de una evolución cultural a la que llamamos **desarrollo** y autocalificamos con el generoso epíteto de sociedad **del bienestar**. Vivimos en una falsa cultura de una Naturaleza *light, hollywoodiense*, que es esa cultura del apartamento y el chalet en la montaña o en la playa; la cultura del «Jaca y Salou».

Pese a tanto panorama de destrucción sembrado en tan corto espacio de tiempo, seguimos proyectando nuevas destrucciones en forma de viales a los que pomposamente llamamos ejes, más reformas de trazados atroces, nuevas estaciones de esquí, más minicentrales, más presas, más desecación de ríos... La cultura y la política de las depuradoras para rescatar el mundo de pureza perdido en los ríos, son la cultura y la política del negocio, del abalorio, de la fachada, de la estadística, del negocio disfrazado; no son sino una parte de la solución del problema, y no la más eficaz.

Carecemos de la noción del «río lúdico» y de que el agua y los ríos son un recurso cargado de posibilidades diferentes de las de regar. Ignoramos la figura legal que en otros países que representa el «río escénico», que es ese río destinado a ser simplemente río, es decir, valor cultural, patrimonio de naturaleza a transmitir a las generaciones de aragoneses que han de venir. En nuestra nueva legislación, en nuestra cultura del engaño, llamamos «caudales ecológicos» a lo que no es sino complicidad, muerte y destrucción legal, una ampliación del permiso para seguir destruyendo ríos, esta vez ¡desde la legalidad!

Pese a tanto discurso y tanta nueva estructura administrativa de la ordenación del territorio y de lo ambiental, vivimos en Aragón inmersos en la anticultura de esos saberes. A marchas forzadas seguimos destruyendo las pocas bellezas naturales que nos van quedando. ¿Qué razones pueden justificar hoy en día los proyectos hidráulicos de Biscarrués, recercamiento de Yesa, Jánovas o Santa Liestra, buques insignia de nuestro Pacto del Agua? ¿En aras a qué principio de racionalidad se puede seguir sembrando tan costosa e innecesaria destrucción? ¿Qué principio moral o social puede justificar la inundación del emblemático paisaje de los Mallos de Riglos con la proyectada presa de Biscarrués, despachando de allí a miles de jóvenes que han encontrado en las aguas bravas del cañón del Gállego un medio de sana diversión, y a decenas de ellos que han descubierto para la sociedad aragonesa una prometedora alternativa de desarrollo económico de una comarca histórica —la Galliguera— que ese embalaje no va a hacer otra cosa que desarticular y sepultar para siempre? ¿Qué principio moral puede justificar la destrucción irreversible del valle del Arás en el corazón del Pirineo más turístico de Aragón, antecala del Parque Nacional de Ordesa? ¿Qué principio moral puede justificar hoy en día la desaparición bajo las aguas del Ésera de una parte hermosa del valle de Benasque, rompiendo la armonía de un espacio fluvial pirenaico, escaso ya, que mantiene todavía esos alientos de «*la virginal frescura de la creación*», cuando para resolver los pretendidos problemas planteados existen otras alternativas? ¡Hemos perdido la chaveta!

La borrachera de un desarrollo todavía no asimilado nos invade, adorando un fugaz becerro de oro. Ahogamos libertades personales en la propia destrucción de la naturaleza; esquilamos patrimonios de los que somos más usufructuarios que dueños, profanando derechos naturales de las generaciones que nos han de suceder en la ocupación de

esta tierra. El desarrollo sostenible nos suena, pero los responsables de la gestión de Aragón ignoran qué significa. No hemos establecido todavía un pacto con la Naturaleza ni con esas generaciones que nos han de suceder; no hemos escrito un código de valores ni hemos hecho un listado de espacios intocables, sagrados, indestructibles, para no atarnos las manos ante cualquier oportunidad de especulación. Estamos urbanizando el Pirineo con los mismos criterios que si fuera Zaragoza, sin entender nada de la dinámica de la Naturaleza, sin comprender el profundo significado de su estética, sin valorar sus riesgos.

¿Dónde estuvo la sensibilidad, el sentido de la ética y de la estética, a la hora de diseñar carreteras como la de El Grado a Aínsa, la de entrada al Maestrazgo desde Alcañiz a Morella, o la propia autovía de Madrid?, todas ellas auténticos zarpazos indelebles a la Naturaleza. ¿A quién no se le desgarró el alma al contemplarlos? El progreso no tiene porqué estar roto con la estética, ni con la racionalidad de las cosas. Vivimos una política de prisas absurdas, impuestas por el corto plazo de una legislación y la ansiada repetición del éxito electoral anterior, que es con excesiva frecuencia el objetivo prioritario de toda gestión política (que no de buen gobierno). Se nos está imponiendo el reinado de la obra barata, el de la obra del «tente en pie» mientras te inauguro.

Hay cosas que deben ser hechas «a conciencia»; siempre se ha dicho que lo barato es caro. Las obras implantadas en la Naturaleza deben ser ejecutadas al ritmo de avance y de inversión adecuado, de forma que no se conviertan en esos «*prêt à porter*», en esas obras de cartón piedra que tanto proliferan, que no soportan el primer embite de la Naturaleza y que trasgreden, además, con demasiada frecuencia y de forma sangrante al paisaje, a base de tanto movimiento de tierras, que es la obra más barata, la del fácil negocio.

En medio de esta carrera de destrucción del paisaje aragonés —tan diverso y rico como ninguno en Europa— nadie se acuerda de Costa. Es como si no hubiera más política costista que la del agua. Sin embargo, hay en su magistral legado todo un cuerpo de política medioambiental, de sensatez y sensibilidad que emocionan.

Su preocupación por la erosión del suelo y consiguiente desertización del paisaje la expresó Costa en términos tan pedagógicos, tan bellos y precisos como los siguientes: «*Millares de años ha tenido que trabajar la Naturaleza para vestir las rocas de una capa de tierra muella, que ha constituido el capital*

*fundamental de la humanidad, y que todavía hoy representa la primera y más importante partida de su patrimonio. Pero ese capital, al mismo tiempo que se produce necesita ser conservado; y el instrumento de conservación es el mismo de producción: los árboles, los arbustos y las hierbas. El terreno suelto e incoherente lo fijan con sus entrelazadas raíces... Los árboles son como clavos inmensos del suelo; con sus raíces, troncos y ramas...»*

La devoción de Costa por los árboles raya en lo sublime; fue un dendrólatra en el más riguroso sentido de la palabra. El árbol era para Costa todo un símbolo de la maravilla de la creación, de la cotidiana dinámica de la naturaleza.

Describió los efectos y las causas de la despoblación forestal en Aragón, y trazó líneas de actuación concretas, muy sabias, al respecto. Diseñó políticas originales de reforestación, empezando por plantar sendas hileras de árboles en los bordes de cada carretera, de cada camino; luego dos, después tres, expropiando a tal fin el terreno necesario, cuando fuera menester.

*«Cuando os nazca un hijo plantad un árbol...»,* nos decía. Era el árbol para Costa el gran amigo del hombre: *«Son los árboles obreros incansables y gratuitos, cuyo salario paga el cielo, que no se declaran en huelga, ni entonan el Himno de Riego, ni vociferan gritos subversivos, ni infunden espanto a las clases conservadoras, ni socaban los cimientos del orden social. Para ellos, la cuestión social no está en que los exploten, sino al revés, en que los hagan holgar... Abrazado en espíritu a los árboles, como San Francisco de Asís les llamaba hermanos, yo les llamo redentores».*

Escribió sobre los árboles trabajos de una belleza poética que emociona por su simpleza, por su calculada ingenuidad, por la comunión espiritual que establece entre ellos y el hombre. Ilustrados de forma adecuada deberían ser reeditados para su lectura y comentario en las escuelas de Aragón y de España: *«¡Y cuán variadas sus aptitudes y cuán solícitos sus cuidados para con el hombre! Ellos hacen tablas y vigas, hacen leña, hacen carbón, hacen alcohol, hacen azúcar, hacen pan, hacen sidra, hacen aceite, hacen cacao, hacen café, hacen jarabes y refrescos, hacen seda, hacen quina, hacen papel, hacen caucho, hacen forraje, hacen uvas, higos, dátiles, naranjas, melocotones y cerezas, peras y manzanas, hacen tierra vegetal, hacen manantiales, hacen oxígeno, hacen salud, hacen pájaros y flores, hacen poesía, hacen hogar, hacen sombra, hacen país...».*

¡Cuán lejos está este Aragón de la modernidad y

del desarrollismo, de aquella sensibilidad de Costa por la Naturaleza y de aquel convencimiento de la necesidad que de ella tiene el ser humano. Haciendo un canto de la compañía que prestan los árboles al ser humano se expresaba Costa en los siguientes términos: *«es preferible mil veces a la compañía de los hombres. Yo les debo tantos consuelos, que me parece que sin ellos no podría vivir. Tantas perfidias de los hombres, tantas maldades y coces triturando el alma... el alma herida por la injusticia y por la maldad, mis tristezas y mis congojas se han aliviado echando una mirada sobre el Universo, sosteniendo una muda conversación con la Naturaleza, confiándome un día entre los árboles... Si me quitaran aquel pinar de la Florida de Madrid, me parecería que me quitan una de las raíces de mi existencia... Nada más sedante, nada más a propósito para calmar la desesperación. La rama, el viento y el pájaro forman una divina armonía, en cuya música las almas superiores encuentran un manantial inagotable de satisfacciones; en que el dolor humano encuentra alivio y medicina»* ¡Qué exquisita sensibilidad! ¿Tendrá alguna vez Aragón en la dirección de su política medioambiental una de esas *«almas superiores»* capaz de pensar, hablar y actuar en esos términos? La Naturaleza, el huerto y el árbol forman en la idea de Costa parte esencial de la educación del niño; son elementos de trabajo insustituibles para despertar en él la sensibilidad, y la propia espiritualidad.

Oído Costa, no cabe sino afirmar que el medio ambiente no es hoy en día en Aragón sino florero obligado del discurso político; que no hay sensibilidades en quienes tendrían que tenerlas. Que esas *«almas superiores»*, capaces de entender el valor de la Naturaleza, o de entender siquiera el mensaje del artº 45 de la Constitución, no están gobernando con tino la política medioambiental, ni de España ni de Aragón. Y que pese a tanto discurso de lo medioambiental, a tanta nueva institución que aparece o desaparece según las coyunturas, a tanto consejo de defensa de la naturaleza, a tanto día mundial del árbol, del medio ambiente y demás fastos, nuestra política medioambiental es hueca.

En esta obligada efemérides del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de Costa, una vez más podemos ensalzar con orgullo nuevas facetas de su proverbial magisterio, más allá del mito hidráulico. Y es que había en él un talante extraordinario de hombre de Estado que emanaba de su sólida concepción humanística de la acción política, a la que desde su peculiar estilo y originales talentos se dedicó de forma ejemplar, haciendo a tal fin de su vida un auténtico sacerdocio.